

UN PEQUEÑO PEDAZO DE PLANETA

Felipe Uriarte



«Entre aquellas montañas de neveros resplandecientes, de cumbres más altas que las nubes...».

El 21 de mayo, hacia el mediodía, abandonábamos el Campo Base. Solamente la tienda utilizada como comedor se mantenía en pie, las demás habían sido ya desmontadas, lo cual daba un triste aspecto a aquel lugar que durante dos meses y medio había albergado aquella aldea de casas de lonas de colores. Algunos porteadores comenzaron ya a salir del campo base en dirección a Lobuche, otro gran grupo se agolpaba alrededor del sirdar Pemba Tsering que hasta el último momento se ocupaba de la buena marcha de la expedición. Un poco más allá un buen grupo de nuestros sherpas de altura charlaban y reían alegres alrededor de un par de botellas de rackshi.

Con una última mirada a la Cascada de Hielo y a la cresta oeste del Nuptse, me eché la mochila al hombro y lentamente cogí el camino del valle. El sendero a través de la lengua del glaciar de Khumbu había cambiado mucho, algunos enormes penitentes de hielo habían caído, los torrentes de las aguas de fusión se ha-

bían convertido en auténticos ríos y alguna gran roca había rodado de su sitio.

Remontando la última morrena lateral dejamos finalmente atrás el glaciar y repentinamente desembocamos en un pequeño valle que descendía suavemente hacia Lobuche. Entre aquellas montañas de neveros resplandecientes, de cumbres más altas que las nubes, aquel valle era un pedazo bien pequeño de planeta. Allí, a cinco mil metros de altura, la hierba era corta, aquí y allá el diminuto relámpago rosa de unas primulas, detrás de una roca un grupo de edelweiss de tallos tan frágiles que con un solo dedo podrían quebrarse.

De pronto, como una caricia, nos llegó un delicioso olor a hierba seca, a tierra. ¡Cómo amé aquel olor!

¡Cómo amé aquel aire que subía del valle trayéndome noticias de praderas, de árboles, de ríos, de la gente!

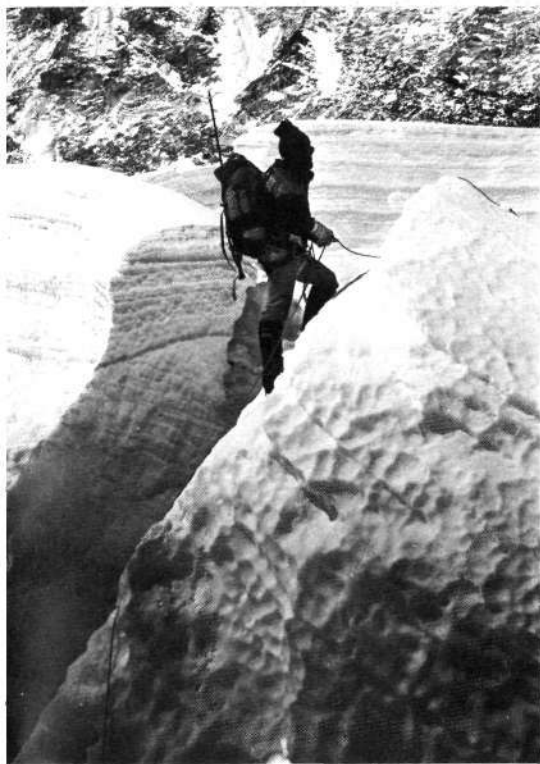
Entonces comprendí que lo más hermoso del hombre se construye sobre las cosas más humildes.

Porque hay que gritar y proclamar que tan hermosa es una brizna de hierba como la arista de nieve sin huella que se levanta por encima de los ocho mil, tan perfecto el trabajo de aquella diminuta flor como el de aquella pared de roca y hielo que brilla a los siete mil metros, tan enriquecedor el aire que sube humildemente del valle como el viento que te empuja en la empinada pared de hielo.

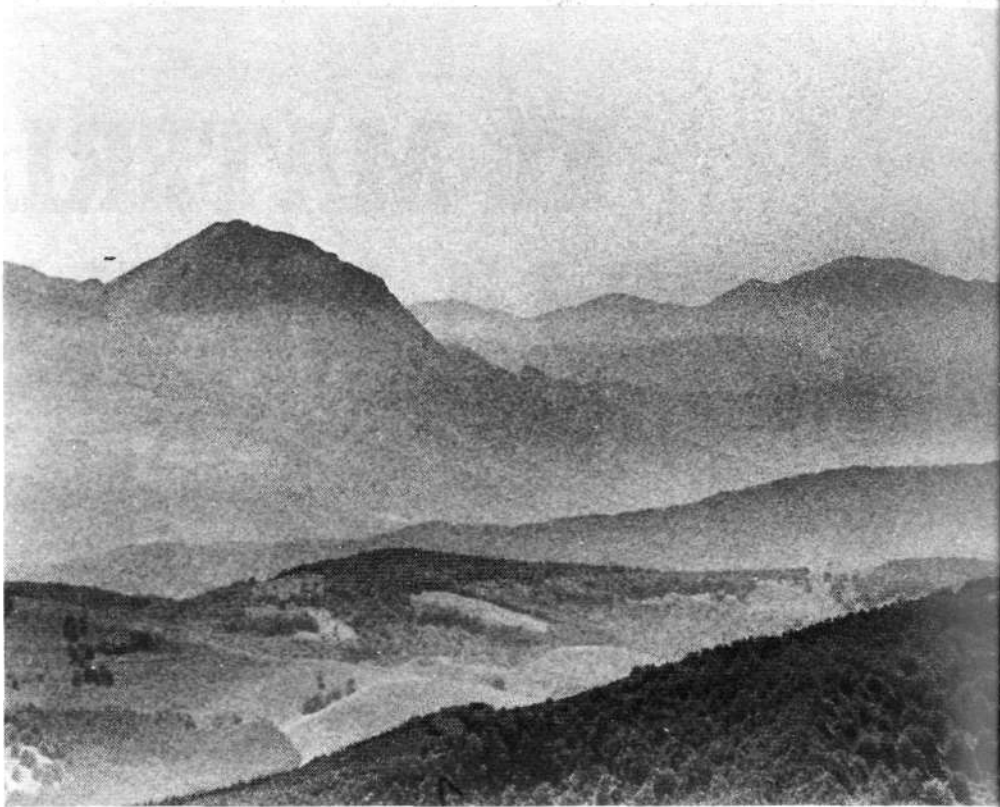
Se habla de triunfo, de que al fin lo hemos conseguido: los vascos hemos conquistado el Everest. Y cada habitante de este país podrá dar a este hecho un sentido personal, una explicación muy particular, pero por encima de cualquier interpretación hay una verdad cósmica que nadie puede olvidar: la relación del hombre con la naturaleza.

Y todo con letra minúscula. Porque no hablo de conquista, de triunfo, de hazaña, sino de relación.

La idea de conquista, de triunfo, lleva implícita la de destrucción, alguien o algo sale perdiendo. La relación es una idea



«Y escalar el Everest es una relación de unos hombres con la montaña, un terreno de juego en el que el hombre mide no solamente su fuerza...».



Txindoki desde Mandoegi.

Foto Felipe Uriarte

totalmente distinta, pues con ella las dos partes salen enriquecidas. Y escalar el Everest es una relación de unos hombres con la montaña, un terreno de juego en el que el hombre mide no solamente su fuerza, su habilidad y su técnica, sino sobre todo su orgullo, su vanidad, su modestia, su humildad, su dignidad.

Y escalar el Everest significa que el hombre puede vivir en la naturaleza, amoldado a ella, trabajando en ella, y que ya es hora de olvidar de una vez por todas ese miedo atávico al medio natural.

Reinhold Messner con su ascensión en solitario al Everest por la arista norte ha confirmado, ha establecido de una vez por todas esta idea. Apoyado solamente por sus piernas, su corazón y su imaginación, sin la ayuda de técnica alguna, sin oxígeno, sin cuerdas fijas. Y esto sólo es posible entenderlo partiendo de la idea de relación, es decir mejorando las capacidades del hombre para vivir en una naturaleza hostil, aumentando su adaptación, en una palabra, haciéndolo más hombre.

El «Everest de los vascos» debe ser fundamentalmente un motivo de reflexión sobre la relación del vasco con el medio que le rodea, con el pedazo de planeta en que vive desde hace miles de años. Y no es difícil sacar la consecuencia de que hoy en día el vasco ya no vive esa relación, sino que se comporta con un espíritu de destrucción infantil que en nuestro caso es terriblemente peligroso. Porque así como cuando el niño rompe un vaso, la solución está a la vuelta de la esquina en la tienda más próxima, aquí no hay posible solución de recambio, na-

die nos va a vender otro pedazo de planeta, ni siquiera en este mundo supermercantilizado.

Hay que defender cada brizna de hierba, cada flor, cada árbol, cada río, pues con cada nueva destrucción se destruye parte de nuestra dignidad. No podemos entregar a las próximas generaciones un país destrozado porque sería escamotearles su propia dignidad de hombres. Todos los alpinistas vascos que en una o en otra expedición hemos estado en el Everest, comenzamos a salir a la montaña aquí, nuestras primeras escaladas se desarrollaron en las rocas de Euskalherria y hay que denunciar que muchos de los lugares que en nuestra juventud nos brindaron aventuras, hoy en día están destruidos o en trance de sufrir un grave deterioro.

¿Con qué derecho y en nombre de qué podemos privar a las próximas generaciones de ese terreno de juego? Y privar significa aquí acortarlo, disminuirlo, empobrecerlo, pues ¿qué, sino eso, se está haciendo al construir una carretera hasta el collado de Zelatun a 200 metros de la cumbre de Ernio, abrir una pista hasta Igaratza el centro de Aralar, permitir que una cantera destruya un lugar como Atxarte y sus roquedos calcáreos irrepetibles en todo nuestro país?

Y no se trata de basar la defensa de nuestra geografía únicamente en la necesidad de conservar un terreno de juego, pues hay razones más serias, más profundas. No se puede olvidar que el euskera vivió y se desarrolló en las campas de Urbía, en los hayedos de Aralar, bajo las paredes de Atxarte, allí se le dio nombre

al árbol, a la madera, al viento, a la nieve, y solamente por eso deberíamos sentir lo cósmico de esos lugares y respetarlos como símbolos de nuestro propio ser.

No se trata pues de impulsar un movimiento ecológico sino de defender la dignidad del hombre vasco, de defender en suma la dignidad de todos los hombres.

Yo no puedo entonar hoy cantos de triunfo, estar alegre porque al fin hemos llegado, yo lo que quiero hoy es gritar con rabia mi frustración, mi angustia porque cada vez que regreso a Euskalherria de vuelta de una expedición veo un hayedo menos, una pista más que hiere la tierra abriendo el camino al estruendo de los coches, arrinconando un poco más al silencio, una nueva monstruosa cantera que se ha tragado otro de los lugares donde alimenté mis sueños de muchacho.

Y en cada regreso veo a los hombres más estúpidamente agarrados a un sistema de desolación que avanza aceleradamente por criterios macrotécnicos y macroeconómicos.

Yo quiero mis valles, mis ríos, mis montañas, yo no pido a los altos poderes de la tierra relucientes y perfectísimas máquinas metálicas, solamente pido la hierba, el árbol, la flor silvestre.

Yo pido para los hijos de mis hijos el mismo privilegio que tuvieron los padres de mis padres, el de poder caminar por la silenciosa, solitaria pradera de Urbía y sumergirse en los hayedos de Peru Saroi siguiendo el camino de sus sueños de muchachos.